



## *Segundo movimiento*

◆ ADRIANA PAOLA MEZA

EL SEGUNDO TARAREO VINO DESPUÉS DE QUE G SUCCIONÓ TODO EL POLEN DE MI FLOR. FUE LA NOCHE MÁS MARAVILLOSA DE MI VIDA. LAS ESTRELLAS APARECÍAN Y SE OCULTABAN DURANTE NUESTRO TRAYECTO AL HOTEL. ÉL ERA MI PROFESOR DE ARTES. TENÍA UN CABELLO RALO QUE UN DÍA FUE BELLOS RIZOS OSCUROS Y UNA PIOCHA COMPLETAMENTE BLANCA. LO QUE MÁS ME GUSTABA ERA EL AROMA DE SU LOCIÓN, ME RECORDABA LA VILLA DONDE MI MADRE HABÍA NACIDO: UN PEQUEÑO CONJUNTO DE CABAÑAS A LO LARGO DEL RÍO, DONDE LOS LEÑADORES ACUMULABAN SUS DESCANSOS EN LOS MADEROS Y LOS NIÑOS ESCUCHABAN SUS ANDANZAS SENTADOS EN LA TIERRA HÚMEDA. ESOS AROMAS A MADERA Y HUMEDAD ERAN LO QUE YO HABÍA HEREDADO DE MI MADRE.

Las historias que G contaba me divertían. No me importó mucho que no pudiera mantener su pene erecto durante el acto sexual. Nos bastaba con los minutos de besos, toqueteos y caricias varias, con cualquier pretexto aparcaba el auto, en algún lugar oscuro en el centro de la ciudad, e introducía sus dedos en mi vagina. Junto a él escribí un magnífico breviario de orgasmos leves. Era encantador en muchos sentidos, pero estaba demasiado enraizado en su comodidad. Uno de esos árboles que requieren de la mejor retroexcavadora del mundo para arrancarlos. Yo no era ni por asomo una. No podía con sus temores.

Temor a embarazarme.

Temor a que nos vieran.

Temor a un paro cardíaco.

Temor de no volver a pintar.

Llevaba meses sin conseguir una imagen clara en su cabeza para dibujarla sobre el lienzo. Resistía mis sugerencias “pinta cualquier cosa, ya vendrá un buen cuadro después” le dije, pero no quería. Se empeñaba en que la obra pictórica debía ser la expresión descomunal de una energía que lo poseía. Ese momento nunca llegó. Cada día fumaba y carraspeaba viendo un lienzo blanco que tenía en su cuarto de trabajo. Y yo no hacía más que hincarme, abrir su pantalón y dejar entrar su sexo en mi boca.

Llevaba treinta años casado con la misma mujer. Estaba tan aburrido que evitaba la cena con su esposa, asistiendo a exposiciones de pintura, inauguraciones de museos o tertulias con amigos. Huía de todo y de todos hasta que me encontró a mí. Nos habíamos visto por última vez en la posada de la facultad, había propuesto que tomáramos un café esa misma semana. Dije que sí con la cabeza, aunque internamente me negaba a eso. No quería tener una relación complicada. Pero un aburrido día, le envié un mensaje ofreciéndole unos cuantos besos y aceptó. Quedamos de vernos en el centro comercial Samsara.

Ese día, mientras yo aún conducía por la avenida, él me llamó.

—He llegado, te espero —dijo y colgó.

Yo estaba extrañada porque mientras fue mi maestro había llegado tarde a casi todas las clases con excepción del día del examen final. Todos sabían que le encantaba que lo esperaran.

Pese a que sus erecciones dejaban mucho que desear, G resultó ser muy bueno para encontrar el punto de la inicial de su nombre. Su lengua era rosada y ancha, aunque tenía los labios muy delgados, era capaz de lamer hasta mostrar la campanilla. Al principio era algo tosco y agudo en su tacto, pero con el paso de los encuentros fue conociendo mi sabor y mis gustos. Era incomprensible para él disfrutar tanto de un sexo que no le pertenecía en ningún sentido. Un día, sin querer se me ocurrió decirle:

—Pero si no pretendo casarme contigo.

Entonces él me miró de soslayo, rascó su dedo índice izquierdo —con el pulgar e índice derecho— hasta sacar una blanca cáscara de piel y dejar enrojecida su mano izquierda:

—Casi me dices que nada más me quieres para eso.

Me desagradaba que siempre sustituyera la palabra “sexo” por la de “eso”. Pero tenía veinte años más que yo y no acostumbraba el lenguaje directo. Él prefería elaborar dulces palabras para objetivos específicos y cosas que, a mi modo de verlo, resultaban bastante prácticas. Así que por un tiempo le seguí el juego.

Una mañana fui por mi hermana al aeropuerto. Traería un regalo que un amigo me había enviado desde Argentina. Sentía una enorme curiosidad. Él era un anciano de ochenta años con una voz maravillosa: raspada, grave, alegre y sutil. Desde hacía unos meses me conectaba a internet todas las noches para charlar con él. Una vez que estábamos relajados, él comenzaba

a excitarme diciéndome palabras como: mi putita, mi niña, mi zorrita. Su timbre de voz me alteraba tanto que no me importaban las palabras, incluso creo que me gustaban.

Cuando llegué a la estación mi hermana estaba algo enfurecida. Se me había hecho tarde. La saludé pero permaneció en silencio, subimos al auto y siguió igual. Ya llevábamos veinte minutos de recorrido de la estación a la casa cuando le dije:

—Mariana, di algo. Bueno, dame lo que René me envió.

—¿De modo que se llama René? El muy imbécil de tu amigo no quiso decírmelo. Por dios, hermana. Es un anciano.

—Sí, si no importa. ¿Dónde está?

—En la maleta que dejé en la cajuela.

—Lo hubieras dicho antes.

Me orillé en cuanto pude. Abrí la cajuela. Descorrí el zíper de la maleta y ahí estaba. Era una caja roja, parecía de zapatos, tenía una nota “Sos una diosa”. No iba a abrirla ahí pero necesitaba acariciarla. Era lo más cercano que tenía a un contacto con su cuerpo. Dejé que mis dedos sintieran la textura rugosa de la envoltura, tomé la caja, la puse en el asiento trasero del auto y volví al volante.

—¿No vas a abrirla?

—No.

—¿Por qué no? —preguntó Mariana.

—Al rato.

—Armas un alboroto por esa estúpida caja y resulta que ni siquiera podré ver su contenido.

Guardé silencio. El resto del trayecto miraba los espejos central y retrovisor. Sobrellevé el malhumor de mi hermana y traté de adivinar qué sería lo que había adentro de la caja. Desde el asiento del conductor podía oler que despedía un aroma que seguramente provenía de la loción de René.

—¡Qué bárbaro! —dijo— esa caja apesta a su vejez.

—¿Puedes callarte?

—No, no quiero.

—Mariana, no estoy de humor para...

—¿Qué esperas de mí? ¿Qué me sienta orgullosa de que mi hermana está enamorada de un anciano casi senil que le daba clases y de otro casi en la tumba que le envía regalitos?

—Basta.

En ese momento llegamos a casa y en cuanto detuve el auto, timbró mi teléfono. Era G.

—¡Vaya! No va a morirse pronto —dijo Mariana— y azotó la puerta del carro.

Mientras esperaba a que abriera la puerta de la casa. Escuché la respiración entrecortada de G.

—Ho... la, Ho...

—Dime, ¿qué diablos te sucede? Estoy ocupada.

Colgué de inmediato. Tomé la caja de donde la había dejado y bajé del auto. Caminé hacia el parque que corría a lo largo del fraccionamiento. Durante un tiempo sólo pude mantener la caja entre mis manos. Encontré un tronco ancho y bastante frondoso. Me senté bajo su sombra. Aspiré el aroma del pasto mojado con el que se confundía la loción de René. Lentamente fui despegando la cinta con que había sellado el paquete. No quise abrirla aún. Acaricé mi mejilla con el costado de la caja, cerré mis ojos e imagine que era él quien me tocaba. El teléfono siguió sonando pero lo ignoré. G había arruinado mis fines de semana en muchas ocasiones. Cada vez que su esposa lo ignoraba, me daba el nombre de un hotel y la hora en que nos veríamos. René está conmigo, me dije. Esta vez no. ●